

## DIES NATALIS

*Nativitas et Mors..., vel Dies Natalis ?*<sup>1</sup>

Ser humano es ser finito, tener un principio, y por tanto tener también un fin, un acabarse en la existencia de este mundo corpóreo, no obstante su forma espiritual. Nacer y morir son así los lindes inexorables de nuestra vida temporal e histórica. Y aunque ciertamente no se trate de sólo *ser para la muerte*, el cabal discurrir humano no puede sino reflexionar ante ella con angustia. Pues para el hombre medio, «[e]star “para morir” en la agonía es la espera del *Instante* indivisible, cualitativo e inmedible: Presente-final o fin-presente que "contiene" *todo el tiempo interior del moribundo* en ese preciso instante en que deja de ser. Allí, en ese instante *incaptable* se "tocan" el tiempo y la eternidad. Solemnísimo y sacro instante que debemos contemplar con recogimiento y amor. En ese *Instante* se contiene todo el tiempo del moribundo, quien puede *ver*, en un solo acto, la totalidad de su vida.»<sup>2</sup>. Una vida temporal que parece ser para algunos tan sólo duración sin sentido.

Mas «como en un cuerpo de pequeño tamaño puede hallarse un hombre perfecto, así en un corto espacio de tiempo, ser la vida perfecta. La duración de la vida se cuenta entre las cosas externas. Cuánto tiempo viva no depende de mí, pero que viva plenamente todo el tiempo de mi existencia depende de mí. Lo que se me puede exigir es que no pase una vida oscura, como entre tinieblas, sino que conduzca mi vida, que no sea arrastrado sin rumbo. ¿Quieres conocer cuál es la vida de más larga duración? La que dura hasta la consecución de la sabiduría. El que la ha alcanzado no ha llegado al término más lejano, sino al mejor.»; «alabemos, por tanto, y contemos en el número de los felices a aquél que ha empleado debidamente el tiempo de que ha dispuesto, por breve que sea. En efecto, vio la verdadera luz; no fue uno de tantos; vivió con plenitud de vida. En ocasiones disfrutó del cielo sereno; en ocasiones, como suele suceder, el resplandor del potente astro brilló a través de las nubes. ¿Por qué preguntas cuánto tiempo ha vivido? Está vivo: de un salto ha pasado a la posteridad y ha quedado en el recuerdo de la gente.»<sup>3</sup>. Un sobrecogedor recuerdo del límite estremecedor traspasado por quien nos ha dejado, porque ha partido ya, para nosotros, todavía mortales, hacia un trascender incierto, de impenetrable oscuridad para quien no alcanza a ver mediante la fe que enciende la esperanza de una vida transmundana.

---

<sup>1</sup> “¿Nacimiento y Muerte..., o Nacimiento a la Vida Eterna?”. El presente discurso se basa fundamentalmente en la obra: *Meditaciones entresacadas de sus obras. Cuaresma, Semana Santa, Tiempo Pascual*; título de la obra en latín: “*Medulla S. Thommae Aquinatis Per Omnes Anni Liturgici Dies Distribuita, Seu Meditatione Ex Operibus S. Thommae De promptae*”; Recopilación, ordenación y prólogo de Fr. Z. Mézardo O. P.; traducción del latín por Luis M. De Cadiz.

<sup>2</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *El Áncora del Alma*, Gladius, Buenos Aires, 2014; pg.. 77.

<sup>3</sup> Cfr. Séneca, *Epístolas Morales a Lucilio II*, Biblioteca Básica Gredos, Madrid-Barcelona, 2001; Libro XV, Valor de la vida; págs. 149, 150 y 151

Advertimos sólo en ese sentido que «[l]a contemplación de la agonía de mi prójimo moribundo contiene inagotables motivos de meditación. En cuanto el agonizante se encuentra en el tiempo que falta, la agonía es exactamente lo que el término "agonía" significa: lucha, combate (*ágón*) que es también congoja, aflicción o pena extrema. Pero no basta con el simple descubrir que se libra un combate en la interioridad, en aquel presente inaprehensible e inespacial de la conciencia; lo que verdaderamente importa es conocer la naturaleza del combate, el por qué de la lucha y la congoja. Mientras los médicos se afanan por prolongar la vida, mientras los seres queridos le tienen tomado de las manos y oran por él, él está en los umbrales de la Presencia Absoluta; otras muchas veces las circunstancias son distintas; el abandono es total y los últimos estertores se escapan de labios del moribundo tirado en el barro de una trinchera o el asfalto de una calle o la oscuridad de un pobre cuarto; pero el acto final es el mismo: el moribundo libra la terrible y suprema batalla del *desasimiento*. (...) del des-prendimiento y ruptura entre sí mismo y todo cuanto ama y ha amado en la duración sucesiva del tiempo; el moribundo sabe que ha de dar ahora el paso decisivo del desasimiento como suspensión de la comunicación con los demás, especialmente con los que ama; con la vida en total en sus condiciones actuales; (...) Es verdad que, en el caso del hombre cristiano, éste ha de vivir en continuo desasimiento de los bienes finitos; pero esta condición de la vida cristiana llega a su suprema tensión en los últimos momentos del tiempo sucesivo. El supremo desprendimiento de todo, es también supremo encuentro consigo; como bien ha observado *Sciacca*, lejos de ser la "pérdida de la conciencia" (como vulgarmente se dice) es la más integral e interior toma de conciencia. Es, por fin, desasimiento de sí mismo como suprema preparación para la última libre decisión que el moribundo ha de tomar en el Instante final del tiempo que falta. Es también prueba final, si tomamos el término "prueba" en el sentido de hacer patente la verdad o falsedad, la bondad o la maldad de algo; en este caso, la prueba implica la libre decisión positiva o negativa (por eso es prueba) ante Aquel que dona y conserva el acto de ser. Mientras los médicos y auxiliares se afanan por prolongar la vida o aliviar el dolor del moribundo, ya el agonizante está a *inconmensurable distancia en la lucha emprendida como prueba final*.»<sup>4</sup>.

En tal dramático transe, “[s]i nuestra esperanza en Cristo se limita sólo a esta vida, ¡somos las personas más dignas de compasión! ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que murieron. Porque, así como por una persona vino la muerte, también por una persona viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que por Adán mueren

---

<sup>4</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *Ibíd.*; pgs. 77/81.

todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicia; luego los de Cristo en su venida.” (cf. I Cor 15, 19-23). Así, en la perspectiva mística de lo temporal y eterno, conforme revelan las Sagradas Escrituras y enseña a su vez Santo Tomás de Aquino, por un hombre entró el pecado en este mundo y, por el pecado, la muerte (cf. Rom 5, 12); por eso, si alguno, por su culpa, es privado de algún beneficio que se le ha dado, la carencia de aquel beneficio es la pena de aquella culpa<sup>5</sup>. Porque al hombre, en su primer estado, le fue concedido por Dios este beneficio: que, mientras su espíritu estuviera sometido a Dios, se sometiesen las fuerzas inferiores del alma a la mente racional, y el cuerpo al alma. Mas, puesto que la mente del hombre se apartó por el pecado de la sujeción a Dios, se siguió que tampoco las fuerzas inferiores se sometiesen totalmente a la razón; de donde resulto tanta rebelión del apetito carnal contra la razón, que ni tampoco el cuerpo estuviese enteramente sujeto al alma. Y de aquí provienen muerte y otros defectos corporales: porque la vida y la integridad del cuerpo consisten en que éste se someta al alma, como lo perfectible a su perfección. De donde, por el contrario, la muerte y la enfermedad y cualquier defecto corporal pertenecen al defecto de succión del cuerpo al alma. Por lo tanto es evidente que, así como la rebelión del apetito carnal contra el espíritu es pena del pecado de los primeros padres, así también, la muerte y todos los defectos corporales<sup>6</sup>.

Sin embargo, la naturaleza humana no quedó del todo corrompida por el pecado original, al punto que todavía se advierte, «al considerar el orden natural y el orden moral, que la persona es la culminación del orden; siendo un ser limitado, en ella se hace presente la ilimitación del acto de ser. De ahí su capacidad infinita o su posibilidad infinita. La persona es como el cruce de finitud e infinitud y todo el universo anterior a la persona, en ella, encuentra su sentido; es, pues, fin concreto pero relativo del Universo y en sí misma tiene razón de fin intermedio. Simultáneamente es tendencia al fin absoluto que es el Bien infinito: tal es la nobleza de la persona en quien se concentran las tres formas del ser (ideal, real y moral) en virtud de la presencia objetiva inicial del ser a la inteligencia. Cuando la persona dice: "soy, sé que soy y amo este ser y este conocer" concentra en ella la totalidad del ser sub-humano y abre su *capacidad infinita del Infinito*.»<sup>7</sup>. Esto es posible en tanto «[e]l alma comunica al cuerpo el mismo ser (*esse*) con el que ella subsiste; del cuerpo y del alma intelectual se constituye un todo subsistente (la persona); por eso "el ser que tiene todo el compuesto es,

---

<sup>5</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, a partir de *Meditaciones entresacadas de sus obras*. Ibid.; *La Muerte*, pg. 12.

<sup>6</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, Ibid.

<sup>7</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *Orden Natural y Orden Moral, Lecciones de Filosofía Moral*, Gladius, Universidad Católica de la Plata, Ciudad de Buenos Aires, 2011; *Cada persona es fin concreto-relativo del universo*; pg. 137.

también, el ser del alma" (*S. Th.*, I, 76, 1, ad 5). En el todo de la persona, el alma intelectual contiene virtualmente cuanto hay en la vida vegetativa y en la vida sensitiva y puede sostenerse que el alma sensitiva participa, en cierto modo, de la incorruptibilidad del alma intelectual: "Cuando el alma es sólo sensitiva, es corruptible; pero cuando, además de sensitiva, es también intelectual, entonces es incorruptible; porque aunque lo sensitivo no confiere la incorruptibilidad, tampoco puede quitársela a lo intelectual" (*S.Th.* I,76, 3 ad 1).»<sup>8</sup>.

Es que el alma racional es de si inmortal; por eso la muerte no es natural al hombre por parte de su alma, sino por el cuerpo, que está compuesto de elementos contrarios, de donde resulta necesariamente la corruptibilidad; y en cuanto a esto, la muerte es natural al hombre. Mas Dios, creador del hombre, es omnipotente, y por un efecto de su bondad eximió al primer hombre de la necesidad de la muerte, consiguiente a tal materia; un beneficio que, sin embargo, le ha sido substraído por el pecado de los primeros padres. Y así, la muerte es natural por la condición de la materia, y es penal, por la pérdida del beneficio divino, que preservaba de la muerte<sup>9</sup>. Y lo que entonces tiene de pena la muerte obedece a la culpa por el pecado. "Porque Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su mismo ser; pero la muerte entró en el mundo por envidia del diablo, y la experimentan sus secuaces." (cf. Sab 2, 23-24). Pero aun la muerte, compañera del pecado (Gén 2,17; Sap 2,23s; Rom 5,12), es también vencida; ha perdido su veneno (1Cor 15,56). De suerte que los cristianos no están ya esclavizados por su temor (Heb 2,14s). Mas la liberación en este punto no será perfecta sino en la resurrección gloriosa (1Cor 15,26.54s), por lo cual nosotros estamos todavía «en espera de la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8,23), si bien en cierto modo se han inaugurado ya los últimos tiempos y «hemos pasado de la muerte a la vida» (1Jn 3,14; Jn 5,24) en la medida en que vivimos en la fe y en la caridad<sup>10</sup>. "En efecto, así es como dice la Escritura: La primera persona, Adán, fue hecho alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida. Pero no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo animal. Lo espiritual viene después. La primera persona, salida de la tierra, es terrestre; la segunda, viene del cielo. Los terrestres se parecen al terrestre; los celestes serán como el que ha venido del cielo. Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del terrestre, llevaremos también la imagen del celeste." (cf. I Cor 15, 45-49). "Pero es posible que alguien diga: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Que tontería! Lo que tú siembras no recobra vida si no muere. Lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de

<sup>8</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *Ibid.*; «"Lo natural" en la estructura de la persona»; pg. 113.

<sup>9</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino (2a 2ae, q. CLXIV, a. 1 et ad 1), a partir de *Meditaciones...* *Ibid.*

<sup>10</sup> Cfr. Xavier Léon Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder Barcelona, 1972; voz: Liberación, libertad.

<sup>10</sup> Cfr. Xavier Léon Dufour, *Ibid.*

trigo o de cualquier otra planta. Y Dios le da el cuerpo que Él quiere: a cada semilla el suyo.” (cf. I Cor 15, 35-38). “Así ocurre también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, también hay un cuerpo espiritual” (cf. I Cor 15, 42-44).

Ello se torna posible en tanto la culpa original y la actual es removida por Cristo, esto es, por el mismo por quien se quitan también defectos corporales, conforme a aquello del Apóstol: Vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu, que mora en vosotros (Rom 8, 11). Pero ambas cosas tienen lugar en tiempo oportuno, según el orden de la divina sabiduría, porque conviene que a la inmortalidad e impassibilidad de la gloria que fue incoada en Cristo y adquirida para nosotros por Cristo, lleguemos después de haber sido conformados primeramente con sus sufrimientos. Por consiguiente, es necesario que su pasibilidad permanezca temporalmente en nosotros para que merezcamos la impassibilidad de la gloria de una manera conforme a Cristo<sup>11</sup>.

Sin embargo, no cabría pese a todo desatender que, antes del desorden del pecado, Dios creo buenos todos los seres y, entre ellos, consideró muy bueno al ser humano, al que dotó desde su comienzo de una *imagen* personal, cuya praxis perfectiva denota inequívocamente, pues en efecto: «Las operaciones naturales de la persona demuestran así, ya la unidad y unicidad del todo, ya la inmortalidad del alma, en virtud de su misma naturaleza; en cuanto la materia, que adquiere su ser en acto por la forma -que le hace ser tal ente-, se destruye, cuando se separa de la forma; y así acontece con el cuerpo y con los irracionales; en cambio, "es imposible que la forma se separe de sí misma", por tanto, es inmortal, existe siempre, porque "es natural que todas las cosas deseen ser del modo que son". El alma comunica al cuerpo el mismo ser (*esse*) con el que ella subsiste; del cuerpo y del alma intelectual se constituye un todo subsistente (la persona); por eso "el ser que tiene todo el compuesto es, también, el ser del alma". En el todo de la persona, el alma intelectual contiene virtualmente cuanto hay en la vida vegetativa y en la vida sensitiva y puede sostenerse que el alma sensitiva participa, en cierto modo, de la incorruptibilidad del alma intelectual: "Cuando el alma es sólo sensitiva, es corruptible; pero cuando, además de sensitiva, es también intelectual, entonces es incorruptible; porque aunque lo sensitivo no confiere la incorruptibilidad, tampoco puede quitársela a lo intelectual". Es tal la unidad, aquella última *solitudo* en que consiste la persona, que el cuerpo es cuerpo por el alma y por ella tiene vida

---

<sup>11</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino (1<sup>o</sup>2, q. LXXXV, a. 5, ad 2), a partir de *Meditaciones...* Ibíd.

en potencia; en ese sentido, el alma es acto primero. Este acto primero se dice en potencia por relación a la operación que es acto segundo. Y como el todo de la persona supone la materia (este cuerpo) y la forma confiere a la materia sus grados de perfección, en la persona se implican todos los grados de perfección de la materia (inorgánica, vegetativa, sensible) porque "cuando a un grado se añade el siguiente, aumenta siempre la perfección". De modo que la estructura metafísica de la persona implica todos los grados del orden natural.»<sup>12</sup>. Y al caer, tras la *primera desobediencia*, los arrastró con ella.

Mas aun tras el desorden y la muerte introducidos en la creación superior por el pecado, para Jesús -Vida misma-, la muerte era en cierto sentido como un sueño. Así lo expresó en su ocasión: *Lázaro, nuestro amigo, duerme* (cf. Jn 11, 11). Pues, como dice San Agustín: "Dormía para el Señor, pero estaba muerto para los hombres, que no podían resucitarlo". Así, en efecto, el sueño se entiende de diversas maneras: por el sueño natural, por la negligencia, por el sueño de la culpa, por el descanso de la contemplación, por el reposo de la gloria futura, y a veces por la muerte, como lo emplea el Apóstol: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros, que no tienen esperanza (I Tes 4, 12). Pero la muerte se llama sueño a causa de la esperanza de la resurrección, y por lo tanto la muerte suele ser llamada "dormición", desde el tiempo en que Cristo murió y resucitó: Yo dormí, y tuve profundo sueño (Sal 3, 6). Mas *voy a despertarle del sueño* (Jn 11, 11): En esto da a entender Jesús que, con la misma facilidad, podía resucitar a Lázaro del sepulcro, que despertar al que duerme en el lecho. Lo cual no es de admirar, porque él es el que resucita a los muertos y les da la vida. Por eso dice él mismo: Viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios (Jn 5, 28)<sup>13</sup>.

A diferencia de la resurrección de Lázaro, que tornó milagrosamente a esta vida terrena para seguir viviendo temporalmente antes de volver a separarse su alma de su cuerpo, Cristo murió para nuestra justificación y resucitó para siempre, para nuestra salvación. Mas fue conveniente que muriese para redimirnos; porque aun cuando la Pasión de Cristo tuvo virtud infinita por la unión de la divinidad, sin embargo, no por cualquier sufrimiento se hubiera completado la redención del género humano, sino por la muerte. Por eso dice el Espíritu Santo por boca de Caifás: Os conviene que muera un hombre por el pueblo (Jn 11, 50). Por lo cual dice San Agustín: "Admirémosnos, congratulémosnos, alegrémosnos, amemos, alabemos, adoremos, porque por la muerte de nuestro Redentor hemos sido llamados de las tinieblas a la

---

<sup>12</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *Orden Natural y Orden Moral*, Ibid...; « "Lo natural" en la estructura de la persona»; pgs. 112/113, (sobre la inmortalidad del alma).

<sup>13</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, a partir de *Meditaciones...*; Ibid.; *Muerte de Lázaro*; pg. 47.

luz, de la muerte a la vida, del destierro a la patria, del llanto al gozo."<sup>14</sup>. Y es que Cristo murió para resucitar y vivir para siempre: *Yo soy la resurrección y la vida* (cf. Jn 11, 25). El Señor muestra su virtud y poder que es vivificante. Debe saberse que, entre los que necesitan participar del efecto de la vida, unos tienen esa necesidad porque perdieron la vida, y otros, que no la perdieron, lo necesitan para conservar la que ya tienen. Así, pues, dice a los primeros: Yo soy la resurrección, porque los que perdieron la vida, por la muerte la recobran. Para los segundos dice: y la vida, porque por ella se conservan los vivos. Y ha de advertirse que por estas palabras: *Yo soy la resurrección*, ha de entenderse: yo soy la causa de la resurrección. Pues en verdad Cristo es la causa total de nuestra resurrección, tanto del alma como del cuerpo. Por eso, cuando dice: *Yo soy la resurrección*, es como si dijese: Todo lo que resucita en las almas y en los cuerpos, resucita por mí. Porque, como la muerte fue por un hombre, la resurrección de los muertos (1 Cor 15, 21) viene también, para todos, por un Hombre, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo<sup>15</sup>.

Es que El es la vida y conserva a los vivientes en la vida. Por eso dice: Y todo aquél que vive y cree en mí, con la vida de justicia, de la cual dice Habacuc: El justo en su fe vivirá (Hab II, 4), no morirá jamás, esto es, con muerte eterna, sino que tendrá la vida eterna. La voluntad de mi Padre, que me envió, es ésta: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna (Jn 6, 40). Mas esto no ha de entenderse en el sentido de que no morirá temporalmente con muerte de la carne; sino que de tal modo morirá alguna vez que, habiendo resucitado, viva eternamente en el alma, hasta que resucite la carne que después no morirá nunca. Y por eso añade: y yo le resucitaré en el último día (Ibid.; cf. In Johan, XI)<sup>16</sup>.

Pues hay una doble resurrección: la de los cuerpos, que tendrá lugar, y todavía no se realiza, sino que se verificará en el juicio futuro; y la de las almas, de la muerte de la infidelidad a la vida de la fe, de la injusticia a la justicia, y esto ya es ahora. Por lo cual dice: Viene la hora, y ahora es cuando los muertos, esto es, los infieles y los pecadores, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán, según la verdadera fe (In Johan, V). Como Cristo resucitó de la muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom 6, 4). Mas debe advertirse que la vida vieja es la vida terrestre, consumida por la vejez de los pecados, según aquello de Jeremías: Hizo envejecida mi piel y mi carne (Lam 3, 4). A lo que dice la Glosa: De ahí que gima el alma, cuando es envejecida exteriormente como la piel, y la conciencia, interiormente hermosa, se consume como la

<sup>14</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, a partir de *Meditaciones...*, *Ibid.*; *Muerte de Cristo*; pg. 66

<sup>15</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, a partir de *Meditaciones...*, *Ibid.*; *Cristo, Resurrección y Vida*; pg. 72

<sup>16</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, a partir de *Meditaciones...*, *Ibid.*

carne, corrompida por el pus del pecado. Pero la nueva vida es vida celestial, que debe ser renovada de día en día por la gracia, según aquello: Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento (Ef 4, 23). Y a los Romanos: Como Cristo resucitó de la muerte a la vida por la gloria del Padre, así también nosotros (Rom 6,4). Así como Cristo, vive siempre, vivid también vosotros siempre por las virtudes, y esto en Jesucristo Señor nuestro; fuera de él no hay ninguna esperanza. Sabemos que la vida se manifiesta por el movimiento, por lo cual la vida vieja se muestra por el movimiento de las acciones terrenas, de las cuales se dice: Resolvieron fijar en tierra sus ojos (Sal 16, 11). Mas la vida nueva se manifiesta por el movimiento de las acciones celestiales, de las cuales dice el Apóstol: Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba (Col 3, 1). Y la Glosa añade: Pensad, retened con alegría las cosas halladas, y eso es lo que dice San Pablo: Pensad en las cosas de arriba<sup>17</sup>.

Porque efectivamente, meditar en la vida eterna es parte ya del *homo viator*. Y es a la sazón en este sentido que «Kierkegaard sostiene en su Diario que la inmortalidad es el cumplimiento de toda la vida (*Diario*, XI, A. 463, 547). El tiempo de la existencia sucesiva *se cumple* cuando partimos.»<sup>18</sup>; y así, «[a]nte todo, nuevamente con Kierkegaard, el acto de la muerte, separación de cuerpo y alma, es "la situación decisiva de la vida y es el comienzo de lo más decisivo" (*Diario*, VII, A 145, ed.cit., III) hasta tal punto que se lo puede llamar *Dies Natalis*.»<sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, a partir de *Meditaciones...*, *Ibíd.*; *Tres muertos resucitados por Cristo*; pg. 73/74

<sup>18</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *El Áncora del Alma*, Gladius, Buenos Aires, 2014; Cap VI, *Situación ortológica y gnoseológica del alma separada*; pg. 105.

<sup>19</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *Ibíd.*; pgs. 105/106.

*Dies Natalis.*

Somos intelectos encarnados, finitos: «[n]acemos llorando, vivimos todo nuestro tiempo con gozos, con penas, alegrías y dolores hasta el día del nuevo nacimiento, mientras lloran los seres queridos y quizá cante de alegría el alma separada unida a la Verdad. No sabemos cómo pero algo sabemos. Por eso, la filosofía debería ser siempre *meditatio mortis* como expectación del *dies natalis*.»<sup>20</sup>.

Perspectiva conforme con la cual no debemos olvidar que «[l]a vida nos ha sido dada para buscar a Dios; la muerte, para encontrarlo; la eternidad, para poseerlo»<sup>21</sup>: Por eso, ¡Por tu Amor, habita, Señor, en nuestra pobre vida temporal, para que podamos, un día, habitar también eternamente en Ti, con tu Madre, María Santísima, tus Santos y tus Coros Espirituales; por Jesucristo, nuestro Salvador. Amén!

[*Alejandro Bentivegna Saenz*. Exalumno Salesiano; Abogado (UMSA); Licenciado en Filosofía (UCA); Relator, STJRN; Dirección electrónica: [juanjosedemaria@hotmail.com](mailto:juanjosedemaria@hotmail.com) ]

---

<sup>20</sup> Cfr. Caturelli, Alberto, *El Áncora del Alma*, Gladius, Buenos Aires, 2014; Cap VI, *Situación ortológica y gnoseológica del alma separada*; pg. 106.

<sup>21</sup> Conforme lo proclamaba San Alberto Hurtado.